

Concurren en este libro los resultados de un grupo de investigadores preocupados por los problemas de la enseñanza de nuestra lengua materna. No se trata de un grupo único ni de una investigación única, aunque sí hay numerosos puntos de articulación y diálogo que les dan unicidad. El lector descubrirá esas filiaciones, pero también se dará cuenta de las distancias por caminar, de las discusiones por emprender.

La enseñanza del español se nos presenta hoy como un dragón de múltiples cabezas y la figura no es casual, porque a menudo el soporte de la problemática parece refugiarse en la fantasía o en la ciencia ficción. Pero aquí más bien aludimos a la complejidad del problema. No sólo se trata de evaluaciones internacionales que ponen en entredicho el sistema educativo mexicano o lo urgen a su afinación para lograr mejor sus fines, se trata sobre todo de la realidad cotidiana, donde la escuela recibe todos los cuestionamientos, todos los esfuerzos de sus actores, todos los discursos de apoyo institucional, mientras las competencias lingüísticas (y para la vida) se derrumban en un efecto dominó.

En definitiva el problema general, el teleológico, nos lleva a la urgencia de producir alumnos capaces de enfrentarse a la vida actual en sus muy variados desafíos, desde la expresión como instrumento para la sobrevivencia hasta el logro de un pensamiento bien estructurado para incidir en el mundo de la ciencia, del arte y dispuesto al logro de la especie que representa el salto entre la simple existencia y la vida plena.

El problema en particular está en la planeación institucional, en los planes de estudios, en el sector docente, en el sector estudiantil, en las técnicas de enseñanza, en la evaluación, en la mezcla de saberes, en la ausencia de una planificación lingüística en sus diversos niveles, en la lentitud de las instituciones para reaccionar a los señalamientos y producir resultados que generen una inercia a favor, en la ausencia de alternativas a todos los rangos administrativos y en la falta de atención a propuestas emergentes que se pueden medir en el dato objetivo y no quedarse como meras inquietudes subjetivas o de individuos sin lugar en la toma de decisiones.

¿Qué une a este grupo tan heterogéneo y de procedencias tan lejanas? En primer lugar lo une una preocupación por investigar desde cada una de sus trincheras. Sea el aula, sea la interpretación de datos recabados en instrumentos, sea la filosofía de la educación o de la enseñanza de la lengua, la adquisición de estructuras lexicales o sintácticas, la enseñanza de la literatura, se ejerce una militancia con su propio enfoque disciplinar, más allá de las realidades que a menudo nos llaman a la denuncia fácil o la simple descalificación. Esa militancia llama a sus miembros a cotejar sus resultados con otros y sus puntos de vista con los otros.

Se ha generado así una especie de hermandad que nada tiene de corporativa y sí mucho de crítica y ávida de nuevos aportes, hermandad en la que se mezclan la amplia experiencia en la investigación y en los temas que aquí se tratan —vía voces muy maduras— y la emergencia de nuevas sensibilidades, de nuevas experiencias, de nuevos actores —vía voces en proceso de formación—.

La Enseñanza del Español y las Variaciones Metodológicas brinda el espacio para esa concurrencia del "ruido" —presencia— de hombres y de mujeres con una pasión y un fervor por los meandros de la pregunta metodológica. Aquí están treinta aristas de un tema y múltiples posibilidades de combinación para ayudar a la solución de los diversos problemas. Aquí campea la estima por la lengua, y se tiene presente que el lenguaje es el soporte del hombre, que la lengua materna es el instrumento que permite a los hablantes articular el mundo, descifrarlo y convertirlo en aliado para un buen futuro.

ISBN 978-97091828-6



9 789709 1828286

Que anoten los vocablos,
¿quién gana la lucha de los sexos
en la secundaria?

Diferencias y concordancias entre
el léxico disponible de hombres y mujeres



Mónica Muñoz Muñoz
UNIDAD ACADÉMICA DE LETRAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

Hablar de *equidad de género* en nuestros días es un tema muy gastado. Incluso resulta aburrido e inútil para algunos —dentro de los que me incluyo—. No me refiero al respeto y la confianza entre los sexos que cualquiera que presuma de ser razonable y justo desea que exista. Me refiero a la *equidad de género* utilizada como bandera electoral y como justificación de políticas gubernamentales, manoseada por los medios de comunicación que —después de horas de programación donde se promueve tanto el culto al cuerpo femenino y la mujer termina convirtiéndose en un fetiche, en un objeto— pasan al aire por lo menos dos programas diarios donde niñas, señoras y jóvenes después de ser vejadas, discriminadas, engañadas, vendidas, violadas, etc., se convierten, gracias a la medicina que patrocina el programa o a una institución lejana e inaccesible para los ochenta millones de mexicanos que viven en provincia, en mujeres tan autosuficientes como para resolver su vida en menos de cinco minutos al aire, quienes —la mayoría de las veces— encuentran la felicidad cuando deciden humillar a su antiguo verdugo: por supuesto, a todas les espera un futuro de hadas, desde el cual el nuevo

príncipe azul ya asoma la cara. Ahora les tocará a ellas ser el sexo fuerte, en el fondo el mensaje es olvidemos la equidad, vamos a domesticarlos.

A dónde quiero llegar con esta introducción. Precisamente a la disonancia que existe cuando se aboga por la equidad de género. Los doctores Marina Arjona y Juan López Chávez lo dicen de manera exacta en el texto *Educación, comunicación y género*.

Hablamos, en específico, de lo que se difunde por todos los medios posibles sin excluir —por supuesto— los de comunicación acerca de la supuesta igualdad absoluta entre los hombres y las mujeres, igualdad que se da por asentada muy rápidamente para pasar casi de inmediato a establecer que lo que verdaderamente sucede es que las segundas son mejores que los primeros.¹

Nadie se opone a que en el área de los derechos humanos hombres y mujeres debamos ser iguales. Sin embargo, comparto la tesis de los doctores arriba citados acerca de que lo que más conviene para contrarrestar la frustración y la soledad que provoca la lucha de los sexos es tener plena conciencia de las diferencias entre ellos con el fin de que ambos se comprendan entre sí y, por lo tanto, se acepten.

Julian Jaynes asevera que: hoy es un hecho sabido que, biológicamente, las mujeres tienen funciones cerebrales un poco menos lateralizadas que los hombres. Esto significa, en pocas palabras, que las funciones psicológicas de las mujeres no están ubicadas en uno u otro hemisferio del cerebro tan claramente como en los hombres. En las mujeres, las aptitudes mentales están más extendidas sobre ambos hemisferios. Ya desde los tres años, por ejemplo, un niño reconoce objetos tocándolos con la mano izquierda; con la mano derecha el reconocimiento no es tan preciso. En las niñas las dos manos son iguales. Esto muestra que el reconocimiento táctil (como se le llama) se ha ubicado primariamente en los hombres en el hemisferio derecho, no así en las niñas. También es cosa común que un ataque o hemorragia en el hemisferio izquierdo limite más en los hombres de edad que en las mujeres. Consecuentemente, se espera más función residual de lenguaje en el hemisferio derecho en las mujeres.²

La cita anterior marca las diferencias en cuanto al funcionamiento cerebral, pero las respuestas del individuo hacia su entorno no van a

Marina Arjona y Juan López Chávez, *Educación, comunicación y género*, Universidad Nacional Autónoma de México, Cuadernos del Seminario de Pedagogía Universitaria, México, 2004, p. 6.

Julian Jaynes, *El origen de la conciencia en la ruptura de la mente bicameral*, FCE, México, 1975, p. 296.

dependen exclusivamente de las capacidades biológicas porque sabemos que el entorno sociocultural es un factor determinante. Por lo tanto, entendemos que en investigaciones objetivas como la tesis de maestría de la doctora Matilde Hernández, *Disponibilidad léxica de estudiantes de primaria de la ciudad de Zacatecas*, las mujeres tengan mayor número de vocablos que los hombres; y también —aunque sea difícil aceptarlo por mis compañeras de género— que los resultados de la tesis doctoral de la misma investigadora *Disponibilidad léxica de estudiantes del último grado de la Universidad Autónoma de Zacatecas* sean opuestos en lo que a sexo se refiere.

¿Dónde estará el cambio?, ¿en qué nivel escolar las mujeres pierden terreno o, mejor dicho, vocablos? Debe ser durante la secundaria, por lo menos la Secretaría de Educación y Cultura en el documento base de la Reforma de la Escuela Secundaria apoya tal conclusión: “en la mayoría de las entidades, el rezago es mayor para las mujeres. Yucatán, Oaxaca y Chiapas presentan las diferencias más acentuadas entre géneros; en esta última entidad, poco más de la cuarta parte de las jóvenes entre 12 y 14 años no asiste a la escuela”.³

En la misma página de la red, unas líneas más adelante se afirma: “Los datos de la SEP confirman lo que el Censo ha encontrado: una vez finalizada la primaria, las mujeres tienen menos oportunidades que los hombres de continuar estudiando su educación básica (coeficientes estimados de absorción de 91.5% y 95.2% respectivamente). Esta desigualdad de género se observa en la enorme mayoría de las entidades y parece estar fuertemente vinculada con los patrones culturales que dan preferencia a la escolarización de los varones, particularmente entre las poblaciones marginadas”.

¿Y en Zacatecas —una de las entidades donde los índices migratorios nos hablan de su pobreza y donde los bajos resultados obtenidos en pruebas nacionales de comprensión lectora son un reflejo de la falta de dominio de la lengua materna— qué ocurre? Esta investigación, resultado de mis avances de tesis de maestría, que tiene como corpus 135 hombres y 135 mujeres, obtuvo los resultados que en breve desarrollaré; es pertinente aclarar que tratando de que la muestra fuera lo más representativa posible fue levantada en los tres años escolares de secundarias de tres de los tipos tradicionalmente reconocidos: federal, técnica y privada.

El léxico disponible “se obtiene por medio de una encuesta directa —que [...] se basa en el principio psicológico de la asociación de ideas

³ www.reformasecundaria.sep.gob.mx

se le pide al informante que produzca todos los vocablos que pueda relacionar con un centro de interés dado en una cantidad fijada previamente —como hacían los franceses— o durante un determinado lapso de tiempo —tres minutos en las investigaciones mexicanas”.⁴

Al léxico disponible corresponden las palabras que aparecen sólo en determinados contextos, el hablante únicamente las utiliza de vez en cuando, por lo cual, contrario a las del léxico básico, se les llama inestables. El léxico disponible está integrado de manera especial por sustantivos, así como por algunos verbos.⁵

He decidido analizar hasta el 75 por ciento de frecuencia acumulada, excepto en el centro de interés 01, para trabajar en la misma sintonía que la mayoría de las investigaciones de disponibilidad léxica.

En el centro de interés 01, relativo a “Las partes del cuerpo humano”, prácticamente hay un empate —hasta el 75% de frecuencia acumulada— porque la diferencia es sólo de un vocablo. Los hombres producen 32 vocablos y las mujeres 31. Los dos sexos comparten el mismo vocablo en la primera posición: ‘ojo’; en el segundo lugar del índice de disponibilidad léxica los muchachos tienen ‘pie’ mientras que tal vocablo se encuentra en los resultados de las mujeres hasta el cuarto lugar. En cambio “nariz” ocupa un índice de disponibilidad léxica similar en las dos muestras, ya que los muchachos lo registraron en la cuarta posición y las muchachas en la tercera.

Los vocablos exclusivos de los hombres, hasta este porcentaje de análisis —es decir, los que las mujeres no registran— son en la posición 15 ‘pene’ y ‘testículo’ en la 23, tales aparecen en la muestra femenina más allá del 75 por ciento de la frecuencia acumulada, hasta las posiciones 36 y 46 respectivamente. En cambio, el vocablo ‘vagina’ tiene una posición muy similar en los dos listados, el 28 en las mujeres y el 29 en los hombres. ¿Qué podemos decir al respecto? Por mi parte podría dar muchas interpretaciones subjetivas, sin embargo, como no sería una actitud acorde con este foro sólo puedo decir de manera objetiva que los

⁴Juan López Chávez, *¿Qué te viene a la memoria? La disponibilidad léxica: teoría, métodos y aplicaciones*, Unidad Académica de Letras, Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2003, p. 35.

⁵Elizabeth Luna, en el *Diccionario básico de lingüística*, define el léxico básico como el conjunto de vocablos de mayor estabilidad y muy alta frecuencia que se utiliza en cualquier situación al hablar de cualquier tema; al léxico disponible lo explica como el conjunto de vocablos ampliamente conocidos por los hablantes y absolutamente familiares para ellos, pero que aparecen únicamente en determinados contextos. Luna Trull, Elizabeth et al., *Diccionario básico de lingüística*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005, p. 133.

adolescentes manejan con mayor naturalidad, con mayor disponibilidad —por lo menos en la secundaria— las palabras que tienen que ver con los órganos sexuales. Aquí las mujeres perdemos la lucha, si asociamos la palabra perder con un rango muy distinto de disponibilidad.

En este centro me permitiré analizar el 100% de los vocablos porque tengo varias observaciones al respecto. El total de vocablos registrado por los hombres es de 216 y el de las mujeres de 202. En términos generales, ellos registran mayor número de términos especializados que ellas como 'célula epitelial', 'neucórtex' o 'hipotálamo'. Es notable también cómo vocablos como 'chiche', 'lomo', 'lonja' se vuelven exclusivos de las mujeres, los hombres no los producen.

Hasta hoy, 'bubi' es un vocablo del que sólo las mujeres disponen en nuestra investigación, sin embargo 'pompi' se encuentra dentro del índice de disponibilidad léxica de ambos sexos, a pesar de que es un término que antes era usado casi de manera exclusiva por las mujeres, tal observación la hago pensando en la doctora Marina Arjona, quien escribió sobre la feminización del lenguaje masculino.

En el centro de interés 02, correspondiente a "La ropa: vestido y calzado", las mujeres registran 26 vocablos —hasta el 75% de frecuencia acumulada— mientras que los hombres 24. Únicamente comparten la posición número 3 con el vocablo 'tenis', los vocablos con posiciones similares según el índice de disponibilidad léxica son 'pantalón' en las posiciones 1 y 2, y 'vestido' en 13 y 14. El resto de los vocablos tiene lugares completamente distintos y desfasados entre los dos universos; creemos que este centro es quizá —de los 16 que conforman el método de disponibilidad léxica— el que marca más las diferencias de visión de mundo entre un sexo y otro. Por ejemplo, con las mujeres aparece 'pescador' —un vocablo de uso reciente— en la posición número 23, mientras que con los hombres se registra hasta la posición 52, es decir hasta el 91% de frecuencia acumulada. De acuerdo con los números, el dominio de este centro corresponde a las mujeres, ¿las razones?, quizá estén en la tradición y en la actualidad, donde el sexo femenino ha tenido y tiene mayores atavíos.

En el centro de interés 03 "La casa: el interior y sus partes", el comportamiento entre los sexos es casi el mismo: los hombres tienen 20 vocablos —hasta el 75 por ciento de frecuencia acumulada— y las mujeres 19. Para demostrar la similitud basta con analizar los vocablos que tienen la misma posición en los dos universos, tales son: 'baño', 'cocina', y 'sala', en 1, 2 y 3, respectivamente. Sólo 'pasillo' es el vocablo que las mujeres no incluyen a diferencia de los hombres; los vocablos restantes

son exactamente los mismos entre un universo y otro, además de que ocupan lugares muy similares, con diferencia de uno o dos espacios.

En el centro de interés 04 "Muebles y enseres domésticos", tanto hombres como mujeres tienen 41 vocablos hasta el 75 por ciento de frecuencia acumulada. Ocupan los primeros lugares 'cama', 'sillón', 'silla', 'mesa', 'estufa', 'refrigerador'. Es notable que 'tele' esté en el universo masculino en el lugar número 16 mientras que en el femenino se encuentra hasta el 35. Desde luego, en ninguna de las dos muestras se tiene un orden lógico, es decir, no existe una clasificación de objetos, pareciera que la mente recupera los conceptos de manera aleatoria.

Respecto al centro de interés 05 "Alimentos: comidas y bebidas", hay una ligera superioridad en la cantidad de producción de hombres frente a mujeres: 77 y 73; en ambas muestras el primer vocablo es 'refresco' y el segundo es 'agua'. Tienen una posición muy similar en las dos muestras vocablos como 'carne', 'sopa', 'hamburguesa', sólo por resaltar algunas puesto que las coincidencias en este aspecto son muy amplias. Es curioso cómo los muchachos —antes de rebasar el 75% de frecuencia acumulada— registran 'cerveza' en la posición número 12, 'vino' en la 23, 'tequila' en la 49 y 'mezcal' en la 77, mientras que las adolescentes sólo registran 'cerveza' en la posición 18 y 'vino' en la 44 como bebidas alcohólicas.

En el centro de interés 06 "Objetos colocados sobre la mesa", se llega al 75 por ciento de frecuencia acumulada con muy pocos vocablos, 12 con los hombres y 11 con las mujeres. Ambas muestras comienzan con el mismo vocablo, 'plato'; los 7 primeros lugares están ocupados en los dos universos por los mismos vocablos en el siguiente orden: 'plato', 'vaso', 'cuchara', 'tenedor', 'cuchillo'.

En adelante, sólo mencionaré la cantidad de vocablos —hasta el 75% de frecuencia acumulada— producida por cada universo en los centros de interés faltantes. En el centro de interés 07, dedicado a "La cocina y sus utensilios", los hombres produjeron 30 vocablos y las mujeres 28; en el centro 10, donde se trata "La escuela: muebles y útiles", los muchachos produjeron 42 vocablos y las mujeres 37. En el centro 11, relativo a "Electricidad y aire acondicionado", los adolescentes registraron 43 y las adolescentes sólo 30; en el siguiente centro —el número 10— titulado "La ciudad", los hombres tuvieron 86 y las mujeres 67.

En el centro 11, dedicado a "La naturaleza", la muestra masculina registró 67 vocablos y la femenina 76, lo que anota un centro más para las mujeres. En el centro 12, respectivo a "Medios de transporte", los estudiantes tuvieron 20 vocablos y las estudiantes 17, mientras que en el 13 sobre "Los trabajos de campo y jardín", ellos obtuvieron 65 y ellas

60. En el 14, correspondiente a "Los animales", fueron 57 los vocablos de los hombres frente a 52 de las mujeres; en el 15, donde se abordan "Diversiones y deportes", tocó el turno de ganar a las damas quienes tuvieron 64 vocablos frente a 59 de los caballeros. En el último centro, relativo a "Profesiones y oficios", los hombres registraron 72 vocablos y las mujeres 62.

En pocas palabras, de 16 centros de interés, las mujeres únicamente tuvieron mayor producción que los hombres en tres: "La ropa: vestido y calzado", "La naturaleza" y "Diversiones y deportes". ¿Por qué? Quisiera explicármelo pensando que los nombres de los tres centros mucho hablan del rol social que se les impone —quizá aún— a las mujeres, sin embargo tal conclusión no termina de convencerme; ni en la cocina ni en la casa ganaron las adolescentes como podría suceder si las féminas todavía respondieran a los viejos patrones sociales.

Lamento no poder terminar esta ponencia con lo que la mayoría de las políticas de equidad de género llevan de manera implícita, la tesis de que ambos géneros son iguales hasta que ellas son mejores que ellos. Prefiero terminar con la propuesta de los doctores Marina Arjona y Juan López Chávez: entendamos nuestras diferencias para conocernos, para comunicarnos y por lo tanto para comprendernos, que el discurso de equidad —según muestra nuestra investigación— no puede estar del todo en lo cierto.